

EL DESCENSO DE LA NATALIDAD EN ESPAÑA *

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Julio Iglesias de Ussel

PLANTEAMIENTO GENERAL

En demografía tal vez la afirmación más contundente que pueda hacerse es que de la vieja trilogía de aspiraciones vitales —escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo—, nadie debe dudar que el objetivo más complejo, infrecuente y problemático es hoy el tener descendencia. Una verdadera novedad en la historia de la humanidad. El siglo xx y ya en el xxi, en los que tantos cambios sociales radicales —materiales y culturales— han acaecido, también se han materializado en la demografía.

La humanidad ha coexistido durante milenios con la permanente preocupación por los riesgos de una baja natalidad. La muy corta duración de la esperanza de vida, la difícil y corta supervivencia de los nacidos —por hambrunas, carencias de salubridad pública, guerras o epidemias de todo tipo y tantas otras cosas—, han hecho a pueblos y familias vivir siempre con la preocupación por la natalidad. De ahí que ya desde la Roma clásica se establecieran impuestos específicos a los solteros para conducirlos hacia el matrimonio y la procreación. Desde entonces, han sido innumerables los gobernantes que han impulsado la natalidad al vincular su fortaleza o poderío al número de varones susceptibles de empuñar armas en cada momento. Incluso la Revolución Rusa de 1917 compaginó la emancipación de la mujer con la exaltación de la natali-

* El presente texto resume la primera parte de mi intervención en la sesión ordinaria de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 16 octubre 2018.

dad [Elena Hernández Sandoica, “Mujeres en torno a la Revolución Rusa” *Revista de Occidente* n.º 437, octubre 2019].

Este escenario —ideológico, religioso, cultural— ha saltado por los aires. Pero, como ocurre con las grandes mutaciones históricas, no ha sucedido buscando notoriedad y con grandes declaraciones públicas, sino de manera discreta y silenciosa: en los hechos, y en un contexto predominantemente hostil. Ya sucedió así en respuesta a las medidas legales —como las de reparto de las herencias establecida en la Revolución Francesa— para erosionar la fortaleza económica de la aristocracia, que fue respondida por la población en el silencio de sus hogares restringiendo el número de sus hijos [Véase sobre ello, J. Iglesias de Ussel, “El influjo de la Revolución Francesa en la familia moderna” en *Escritos de Teoría sociológica en honor de Luis Rodríguez Zúñiga* ed. CIS, Madrid 1992].

La práctica desaparición pública de valoraciones positivas de la natalidad, ha sido coetánea con su generalizado descenso en todos los continentes. No se crea que se trate de una dinámica europea o propia de países desarrollados; sería un grave error. Estamos en presencia de un fenómeno mundial, con muy pocas excepciones, pues está presente en gran número de países aunque, claro, arrancando desde tasas de natalidad muy diferentes.

Por supuesto que el descenso no ha sucedido solo en el contexto de comportamientos silenciosos de las parejas. Ha aparecido otra novedad histórica que son los discursos públicos en favor del control y la reducción de la natalidad. El primer país fue sin duda China al imponer coactivamente con sanciones graves, la política de hijo/a único/a que como es sabido codujo a una elevada tasa de abortos y mortalidad forzada de niñas y, hoy, a graves problemas por el envejecimiento de la población sin descendientes de apoyo. Pero ese objetivo se ha materializado en otros muchos países. Se trata de un variado escenario de medidas que van desde el abierto rechazo a tener descendencia —variados movimientos feministas defienden ese rechazo-, a políticas en favor del control de la natalidad, sobre todo de Ong´s con respaldo en Organizaciones o instituciones internacionales. Los demógrafos, sobre todo desde la Conferencia de la Población de el Cairo de 1994, ya advirtieron en el programa de acción de la necesidad de estabilizar el tamaño de la población mundial, y se defiende su contención en favor de la naturaleza y la preservación de los recursos naturales. Unas tendencias que han crecido considerablemente desde entonces y con alertas de importancia. Ha crecido considerablemente la tendencia a una “demografía verde” en contra del crecimiento de la población mundial. En 2017 un documento contra el incremento rápido y continuo de la población considerado como “el principal motor de numerosas amenazas ecológicas e incluso sociales”, fue avalado con la firma de nada menos que 15.000 demógrafos de todo el mundo. Un alarmismo por cierto que la evidencia empírica obliga a matizar. El crecimiento demográfico ha sido contenido; en 1950 la pobla-

ción mundial ascendía a 2.500 millones de personas; en 37 años dobló su tamaño y en 2017 ha alcanzado los 7.500 millones, triplicado el valor de 1950 pero lo importante es “destacar que su velocidad de crecimiento alcanzó un máximo histórico a mediados de los años sesenta [del siglo xx] y que desde entonces no ha dejado de disminuir” [I. Permanyer, “La explosión demográfica: el apocalipsis en el retrovisor, el abismo en el horizonte” en A. Domingo (ed), *Demografía y posverdad* ed. Icaria, Barcelona pág. 19-20].

La demografía, cual hidra de mil cabezas, muestra sus muy heterogéneas dimensiones. Tuvo por ello pleno acierto un gran demógrafo, Alfred Sauvy, en el prólogo de su conocida y clásica obra “Teoría General de la Población” (ed. Aguilar 1957), al señalar que “las investigaciones económicas y políticas acaban, por lo general, enfrentándose en numerosos aspectos con el problema de la población”. Y es cierto porque la población es el caleidoscopio donde resuenan todas las dimensiones de la vida colectiva; de la pública y de la privada. Es difícil diagnosticar la existencia de un aspecto de la vida social que sea por completo ajeno a la demografía. Todo lo divino y lo humano guarda relación con este fenómeno. De ahí la dificultad en ofrecer cualquier síntesis o imagen parcial. Y por esto la permanente aparición en primer plano de la actualidad, y a menudo con alarma, de cualquiera de las dimensiones de la demografía; el tamaño de la población, la inmigración, la mortalidad, el envejecimiento etc.

Por esto mismo la convulsión entre la tradición y la modernidad cuando la sociedad afronta un ritmo de cambio social acelerado como en el presente. De ahí que un destacado sociólogo haya podido sostener que: “De todos los cambios que ocurren en el mundo, ninguno supera en importancia a los que tienen lugar en nuestra vida privada —en la sexualidad, las relaciones, el matrimonio y la familia—. Hay en marcha una revolución mundial sobre cómo nos concebimos a nosotros mismos y cómo formamos lazos y relaciones con los demás. Como en otros aspectos de este mundo desbocado, no sabemos bien cuáles serán los términos relativos de ventajas y desventajas. En algunos sentidos, son las transformaciones más complicadas e inquietantes de todas. La mayoría de nosotros puede aislarse de problemas mayores durante bastante tiempo (...). No podemos abstraernos, sin embargo, del torbellino de cambios que llegan al corazón mismo de nuestra vida emocional” (Giddens “Un mundo desbocado” 2000, pág. 65).

En la natalidad en efecto están involucrados lo público y lo privado, lo íntimo y lo externo, lo material y lo inmaterial, lo económico y lo sentimental, lo formal y lo informal, lo religioso y lo secular, y cualquier otra dicotomía. La literatura abunda en la utilización de la vida de parejas y la natalidad. Y en España se cuenta con muy numerosas descripciones de la maternidad, embarazo y crianza. Y la más vibrante y cautivadora tal vez se encuentre, paradójicamente, en el drama sobre la infertilidad de Lorca, *Yerma*. En un momento la prota-

gonista, casi obsesionada con un muy vivo deseo de su gestación o embarazo y la maternidad, incluso torturada por su infecundidad, con un marido que rechaza la paternidad, pregunta ansiosamente a una madre amiga:

“—¿Qué se siente?.

—¿No has tenido nunca un pájaro vivo, apretado entre las manos? Pues lo mismo, pero por dentro”.

Me parece una muy brillante descripción, de las mejores que conozco —literaria o científica—, vibrante y tierna al mismo tiempo, de la sensación de embarazo que nos transmitió Lorca. Y por cierto, críticos y público no alcanzan a percibir la enorme carga ortodoxa del argumento de la obra. La protagonista nunca contempla la opción que se le presentaría en un mundo secularizado: el divorcio. Es una obra escrita desde la plena ortodoxia. Y al mismo tiempo nos ilustra de la multiplicidad de dimensiones que contiene la realidad demográfica, excelente radiografía de la realidad de lo que ocurre en cualquier sociedad porque, en sí mismo, esos datos cristalizan y revelan comportamientos colectivos esenciales.

Como en otras muchas reflexiones sobre nuestra sociedad, lo peculiar es que en España la preocupación por el descenso de la natalidad apareció antes que el propio descenso. No es un fenómeno nuevo este desajuste del análisis con la realidad; lo mismo sucedió en torno a 1960, cuando se planteó un vivo debate en España sobre la sociedad de consumo, mucho antes de acceder a un mínimo nivel de bienestar social que lo justificara. Fue lo que ocurrió con el descenso de la natalidad, cuyo planteamiento se encuentra en el mismo origen de la sociología empírica en España. Severino Aznar, catedrático de sociología desde 1916 y en los años treinta de ese siglo analizó los datos del Censo de 1920 para examinar los diferenciales sociales de natalidad y alertó reiteradamente de los peligros del “neomaltusianismo” lo que consideraba “la peor catástrofe que podría caer sobre España” atribuyendo esa evolución a “una mentalidad social extraviada y a la debilitación de la institución familiar”(J. Iglesias de Ussel, “Edición y estudio preliminar” del libro de Severino Aznar, *La Institución de la Familia vista por un demógrafo*, ed. CIS, Madrid 2008 pag. 1-64)

Pero la atención hoy al descenso de la natalidad se debe a que estamos en presencia de —y no solo en España— de uno de los cambios más profundos y novedosos de nuestra historia demográfica. Porque lo relevante no es la evolución de la natalidad sino la acumulación simultánea de tres importantes cambios: emigración, descenso de la natalidad y alargamiento de la esperanza de vida con sus efectos en el envejecimiento (lo que incrementa la frecuencia de la convivencia de cuatro generaciones vivas) que no es solo general, sino lo que se denomina sobre-envejecimiento que es el incremento del envejecimiento

de personas mayores de 80 años. Según el INE en su “Proyección de la población 2018-2033” (2018): El porcentaje de población de 65 años y más, que actualmente se sitúa en el 19,2% del total de la población, pasaría a ser del 25,2% en 2033. Por su parte, y de mantenerse las tendencias actuales, la tasa de dependencia (cociente, en tanto por ciento, entre la población menor de 16 años o mayor de 64 y la población de 16 a 64 años) se elevaría desde el 54,2% actual hasta el 61,2% en 2033. La población centenaria (los que tienen 100 años o más) pasaría de las 11.248 personas en la actualidad a 46.390 dentro de 15 años. Destacar la centralidad de estos fenómenos constituye una razón de peso para acercarse a su estudio.

1. El análisis de la natalidad rompe además con la consistente tradición científica del estudio de lo inverso: **los riesgos del crecimiento de la población**. La tesis de Malthus, simplificada, es popular incluso entre quienes nunca lo han leído y desde luego no existe un autor con análoga popularidad pero que haya defendido la tesis opuesta. Existe en efecto una larga tradición catastrofista en relación a la evolución de la población. Catapultó esa perspectiva con indudable éxito Malthus pero advirtiendo de las negativas consecuencias del crecimiento de la población en el siglo XIX. No hace falta rememorar a sus negros presagios y su convicción de que el crecimiento de la población generaba pobreza y hambre. En los años 60 y 70 del pasado siglo, se popularizó, en gran parte por el Club de Roma, la sensibilización ante la llamada explosión demográfica y su negativo efecto en el crecimiento económico. Y hoy en Europa el problema es por todo lo contrario: la caída de la natalidad; el invierno demográfico de numerosos países y sus efectos en el envejecimiento, y su declinar demográfico en relación con África y Asia; unos fenómenos que alimentan la visión catastrofista que la demografía apocalíptica hace del envejecimiento (Gee, E. y Gutman, G. “The overselling of population ageing: Apocalyptic demography, international challenges, and social policy” Oxford University Press 2000). Se están produciendo intensos desplazamientos de población, en todos los continentes, como consecuencia de hambrunas, guerras civiles, pobreza etc. En Oriente medio, en Pakistán, en América Central, en Nigeria, etc. Y flujos de intensos de inmigración en Europa, en Estados Unidos etc. En muchos casos se trata de inmigrantes de procedencia de países pobres, pero en otros casos son de países antes llamados del telón de acero, emigrando a países desarrollados de la Unión Europea población con alto nivel educativo; más del 30 % de emigrantes de República Checa, Polonia, Estonia, Hungría, Lituania, Letonia o Ucrania cuentan con educación terciaria (The Economist 21 february 2017 pág. 20).

El mundo vive hoy en el siglo del envejecimiento a escala global, desde diferentes puntos de partida. Por doquier hay cambios y no solo en el mundo desarrollado. En China, como se ha dicho, se ha eliminado la política de un solo hijo (que ha generado consecuencias desastrosas en la situación del envejecimiento). En Irán, los ayatolás han considerado compatible el Islam con

el control de la natalidad, lo que ha generado una brusca caída de la fecundidad. En numerosos países pobres, como consecuencias de hambrunas y guerras, se producen incesantes movimientos de población. No es nada sorprendente que crezca cada día más una especialidad como la “Demografía política”, dado que estos cambios están afectando a la seguridad internacional y a la política de las naciones, baste pensar en las implicaciones políticas de las cuestiones demográficas en el caso de Trump en Estados Unidos o el impacto desencadenado por el Brexit en los movimientos de población en y con el Reino Unido. El libro editado por Goldstone, Kaufmann y Toft *Political Demography. How population changes are reshaping International Security and National Politics* (London 2012), recoge numerosas perspectivas de los profundos efectos políticos de estos hechos.

2. Pero prestar atención al descenso de la natalidad nos pone en la pista de la multiplicidad de dimensiones del cambio social. Lo puso de relieve con agudeza, hace ya medio siglo, un destacado demógrafo francés, Bourgeois-Pichat (1971), al señalar que el mundo moderno había invertido la cuestión demográfica en dos dimensiones básicas. Argumentó que, históricamente, **la natalidad** era fácil de estimar porque su magnitud dependía básicamente de la estructura de edades de la población que se quisiera estudiar, fuera un pueblo o país o un continente. Conocida la estructura de edades de ese territorio, con enorme precisión se podía estimar la natalidad. Pero con **la mortalidad** sucedía justo lo contrario: estaba sometida a oscilaciones siempre imprevisibles, porque venía condicionada por guerras, hambrunas o epidemias o por azares en la salubridad pública. Esta dinámica es la que ha prevalecido en un largo pasado histórico. Pero en el siglo xx la situación se ha invertido por completo. Hoy la tasa de mortalidad es muy previsible conociendo las estructuras de edades de una población; con la natalidad sin embargo ocurre justo lo contrario: está sometida a oscilaciones imprevisibles por determinaciones que la someten a oscilaciones imposibles de cuantificar y prever. Las dinámicas pues de la natalidad y de la mortalidad han quedado invertidas por completo, en corto tiempo.

3. Un fenómeno relevante a mencionar es **el impacto de nuevas técnicas reproductivas en la natalidad**. Los avances en las técnicas reproductivas pueden generar efectos heterogéneos. Algunas innovaciones pueden favorecer la natalidad en ciertas situaciones. Los países desarrollados como España viven ya una revolución jurídica, médica y familiar, reproductiva, con la inseminación artificial e ingeniería genética, gestación subrogada o vientres de alquiler, técnicas de reproducción asistida. La gestación subrogada es una de ellas. ¿En qué consiste? Es una forma de reproducción asistida en que además de participar los progenitores, participa otra mujer de forma voluntaria, con remuneración o sin ella, quien gestará el embrión aunque no tendrá ningún derecho sobre el niño una vez nacido. El embarazo se puede realizar mediante varios procedimientos; uno es la inseminación artificial, en la que el

médico introduce espermatozoides en el cuerpo de la mujer; o con fecundación in vitro que requiere la fecundación de un óvulo y un espermatozoide en el laboratorio para después implantar el preembrión en el útero de la mujer donde continua la gestación hasta el parto. En España la Ley 14/2006 prohíbe la gestación subrogada, pero la reproducción asistida está abierta a las mujeres solteras y a matrimonios hetero y homo sexuales. Pese a ello se estima que entre 800 y 1.000 niños españoles nacen en España cada año mediante gestación subrogada, generalmente realizada en otros países que la permiten (Diario El Mundo 6 julio 2019).

La investigación científica puede introducir cambios revolucionarios en la experiencia humana de la reproducción, como de hecho ya se están introduciendo en el mundo animal. Ya se ha logrado hacer crecer embriones humanos dentro de una placa de Petri durante dos semanas. El experimento se interrumpió por una determinación ética de la comunidad científica. Un desarrollo fetal totalmente artificial cambiaría nuestra condición de mamíferos (La Vanguardia 30 abril 2018). No estamos hablando de hipótesis; las variantes de la procreación proliferan hoy; ya hay dentro y fuera de España donantes de esperma y de óvulos que “venden” material biológico para la “fabricación” de hijos; madres de alquiler; “madres sin padre”, “padres sin madres”; mujeres menopáusicas “embarazadas”; padres “gais”; “madres lesbianas”; padres o madres cuyas parejas llevan tiempo muertas; abuelos que tienen un nieto concebido después de la muerte de su hijo o hija, etc (Beck, *La Metamorfosis del Mundo*, 2017, pág. 41). Y el impacto demográfico de estas realidades pueden aumentar todavía más con el desarrollo de robots-pareja, es decir relaciones de parejas no reales sino virtuales.

Y en lo que se refiere a la investigación científica y la natalidad, conviene advertir que su impacto puede ser en un futuro inmediato muy importante en la reducción del número de hijos. Porque tal vez no ha finalizado el descenso de la natalidad. A corto plazo el descenso de natalidad puede tener un nuevo y decidido impulso: cuando se mejoren los instrumentos para la predeterminación del sexo de los hijos, la caída será aún más brusca, siempre que se difundan mecanismos seguros, fiables, sencillos y baratos (como sucedió con la píldora anticonceptiva); y ya hay investigaciones consistentes en ese camino.

4. Existe una poderosa razón, esencial por sí misma, para ocuparse del descenso de la natalidad en España. Una razón básica en el mismo fundamento de cualquier sociedad democrática, al fondo mismo de la constitución colectiva de cualquier país. Más allá de la evidente diversidad de comportamientos de sectores sociales concretos, lo más grave es que las encuestas revelan una grave debilidad de la consistencia real de una sociedad democrática: **la población no tiene el número de hijos que desearía tener**; de manera consistente innumerales encuestas y estudios reflejan la insatisfacción colectiva por no poder tener el número de hijos que desearían tener. Un desajuste permanente entre las aspiraciones legítimas y los logros de la población que sorprende carezca de reso-

nancia en nuestra sociedad. ¿Cómo es posible que una sociedad democrática no aborde como esencial la falta de satisfacción a una aspiración legítima y además esencial para el presente y futuro de la propia colectividad? La natalidad real de nuestra sociedad constituye una denuncia a las bases convivenciales existentes. Por eso es muy útil atender a la demografía, porque radiografía el microcosmos de toda colectividad o grupo al ser cristalizaciones de la vida colectiva.

5. La investigación científica, médica y la salud pública ha cambiado profundamente muchos elementos históricos del embarazo, el parto y la crianza de los niños. Para empezar ha eliminado por completo el dolor del propio parto, un componente milenario en la reproducción en la humanidad. Una realidad que, en teoría, podría ser positivo para favorecer la natalidad. Y para empezar, ya no nacen en los domicilios particulares sino en hospitales cuyos médicos, enfermeras y matronas juegan hoy destacado papel asistencial en el proceso. Y es lógico que así suceda.

La reproducción humana contiene una singularidad con otras especies del mundo animal, incluso mamíferos. La gestación es más larga y el parto laborioso que requiere la intervención de otra/s persona/s, de ahí la centralidad de los aspectos culturales y de las creencias tradicionales que incluso se muestran en el vocabulario. Se eluden los términos aplicados a los animales como parir, y proliferan los de dar a luz, estado de buena esperanza etc. No sabemos en qué medida influyen realmente en los comportamientos reproductivos porque hay muy escasa investigación sobre las costumbres al respecto en España; una aproximación inteligente se encuentra en Amando de Miguel, “Antes del parto, en el parto y después del parto” (en Varios autores, *Sociología y Realidad social. Homenaje a Miguel Beltrán Villalba*, Madrid, ed. CIS, 2008 pág 1065-1073). Pero esa realidad evidencia la complejidad de cualquier interpretación de un fenómeno tan multidimensional como la natalidad.

Esas dimensiones culturales son esenciales para captar en plenitud la dinámica de la natalidad. De hecho, en toda la historia de la Humanidad la reproducción ha sido siempre inferior a la potencialmente posible en cada época; por tanto la restricción ha sido una constante puesto que sin ella cada mujer podría alcanzar unos 20 hijos. Ahora bien lo que cambia —en el tiempo y en el espacio— es la accesibilidad, la eficacia, la comodidad, y el coste de las diferentes técnicas empleadas, al igual que las ideologías y valores predominantes en cada época y área cultural.

ALGUNOS DATOS

Antes de mencionar datos es necesario advertir que no es posible aquí matizar la dinámica de la natalidad en función de nivel de estudios, re-

giones, sexo, actividad profesional, proximidad residencial, ingresos, perspectivas de futuro, red familiar disponible, y otras tantas circunstancias influyentes. Y todos estos factores podrían alterarse según la red de apoyo familiar disponible, la propia duración de la relación de la pareja y el número de hijos que ya cuenten. Y de manera general el momento en que se encuentre en el ciclo familiar. Y conviene igualmente aclarar la terminología elemental porque es muy frecuente que se utilicen equivocadamente, los conceptos de fecundidad y de fertilidad. Fecundidad se refiere a la realidad: al número de hijos que se tienen efectivamente. Fertilidad es la capacidad física o biológica de tener hijos. Por tanto se puede ser fértil y no tener hijos, y se puede ser fértil y dejar de serlo por edad u otras circunstancias. En inglés los términos análogos significan lo opuesto que en español, y ello posiblemente aventa muchos errores.

Lo que cabe afirmar desde ahora es que el descenso de la natalidad en España es un hecho sin precedentes duraderos (salvo durante guerra civil, en menor medida), es nuevo; más tardío que en otros países europeos y desde luego que de la mayoría de países de la UE; un descenso más rápido porque se ha materializado en menos tiempo; más brusca, porque ha sido más radical o profunda; generalizado en todas las clases sociales y regiones; atenuado gracias a la aportación de mujeres inmigrantes extranjeras. Y probablemente, no ha tocado fondo todavía. Y contrario al número de hijos deseados.

Pero lo que es un hecho en España es el descenso de la natalidad sobre todo en las últimas décadas. “Desde mediados del siglo XIX hasta la década de 1970, el número anual de nacimientos osciló dentro de unos límites bastante estrechos”; con la excepción de entre 1850 y 1870, y los años de la Guerra civil y la década de 1940, “el número anual de nacimientos se mantuvo en España entre los 600.000 y 700.000. Desde la década de 1970, la cifra anual de nacimientos disminuyó a un ritmo muy rápido y a finales de los años ochenta se registraron valores inferiores al de 1939, que, con 420.000 nacimientos, había sido el mínimo registrado en los 125 años anteriores. En 1966 se alcanzó la cifra más baja (363.000)”. Pero hay que advertir que aunque el número anual de nacimientos se mantuvo relativamente estable hasta los años sesenta, el comportamiento reproductivo de las generaciones españolas cambió profundamente, a lo largo de los 100 años anteriores. En España fueron las generaciones nacidas en las últimas décadas del siglo XIX quienes impulsaron de forma decidida y definitiva la reducción de la fecundidad” (FBBVA “Estadísticas Históricas vol. 1.º, pág. 81)

Otra aproximación histórica puede presentarse aproximándonos al resumen histórico desde 1900; ¿cómo ha evolucionado la natalidad? Una imagen bastante precisa nos la ofrece, si redondeamos los datos del INE de la siguiente manera:

Entre 1900 y 1979, salvo la Guerra civil.....	600.000 nacen cada año.
Entre 1980 y 1982.....	500.000.
Entre 1983 y 1990.....	400.000.
Entre 1991 y 2000.....	300.000.
Entre 2001 y 2010.....	400.000.

Estos datos ya evidencian que España ha tenido una continuada tendencia secular de descenso de la fecundidad, sobre todo si se tiene en cuenta el notable incremento de la población total y de la inmigración con su aportación reproductiva. Y hay que advertir que el ritmo de descenso actual no es el más veloz de nuestra reciente historia. Pese a las presiones difusas en favor de la natalidad durante el franquismo —desde la Iglesia y la prohibición de publicidad de anticonceptivos— fue una época de importante descenso. En 1922 se contaba con algo más de 4 hijos por mujer, bajó a 2,5 a inicios de los años 50, pero luego se interrumpe esa tendencia porque aumenta en la década de los 60, hasta alcanzar cifras próximas a 3 hijos por mujer a mediados de esa década, que fueron los años del baby-boom español, ya que en 1964 marca el número máximo de 700 mil nacidos. Y desde el 1975 se reinicia la anterior evolución pues pasa ese año de 2,78 hijos por mujer, a 1,15 en 1998, (A. Blanes Llorens “La mortalidad en la España del siglo xx” Tesis doctoral Universidad Autónoma de Barcelona 2007 págs. 310 y ss).

Simplificadamente pudiera decirse que el slogan durante la 2.^a República de “Hijos sí, maridos no”, ha cambiado por completo; hoy ni los hijos ni los maridos parecen suscitar entusiasmo si atendemos a la evolución estadística de la población española. El descenso de la natalidad y el auge de la convivencia en parejas afectan al descenso de los dos elementos: la natalidad y a los matrimonios. En particular algunos sectores propugnan maridos no, hijos sí.

La evolución de la natalidad en España es tan brusca que en 1975, con Italia, España tenía la más alta natalidad de Europa y un par de décadas después estaba entre las más bajas del mundo. Y esta evolución difiere de la tendencia europea. España se sitúa ahora entre los países europeos con baja fecundidad, en torno a 1,3 hijos por mujer, cuando en los años 1970 era uno de los países con más alto ISF Índice Sintético de Fecundidad —promedio de hijos por mujer calculado a partir de los nacimientos del año— de Europa, a de los más bajo en 2015. Sin embargo, países como Europa del Norte, Bélgica, Francia, Irlanda, Países Bajos, Reino Unido, cuentan con 1,7 de nacimientos por mujer (C Torres pág. 85). Y esta tendencia aun sería más grave si no se contara con los nacidos en España de madres de nacionalidad extranjera residentes en España. En 2011, el 19,3% de los nacimientos —90.390 nacidos— lo fueron de madres extranjeras, que además los tienen a edades más jóvenes (28,9 años) que las españolas (32,1 años). Y esta aportación sería todavía más numerosa si se pudiera contar los nacidos de mu-

jeros nacionalizadas en la última década —más de un millón— que, sociológicamente, pudieran considerarse a estos efectos como sus compañeras de nación de origen.

Un porcentaje importante nacen, viven y paren en España pero son hijos de inmigrantes. Sin su aportación, todavía sería más bajo el número de nacidos cada año. Cerca del 20% según el INE nacen de madres extranjeras: De los 391.930 nacimientos que tuvieron lugar en España en 2017, 75.564 fueron de madre extranjera, lo que supuso el 19,3% del total (18,5% en 2016). Pero también se advierte el descenso o si se quiere la paulatina analogía en las pautas reproductivas entre emigrantes y nacionales que, seguramente, se acrecentaría si se pudiera excluir en el cómputo el número de hijos de mujer española pero que lo son no por nacimiento sino por concesión de la nacionalidad (que muy probablemente mantengan pautas reproductivas más semejantes a las emigrantes, aunque se asemejen con mayor rapidez a los comportamientos de las nacidas en España).

Número medio de hijos por mujer según nacionalidad

Años	Total	Española	Extranjera
2007	1,38	1,31	1,72
2008	1,44	1,36	1,83
2009	1,38	1,31	1,68
2010	1,37	1,30	1,68
2011	1,34	1,29	1,58
2012	1,32	1,27	1,56
2013	1,27	1,23	1,53
2014	1,32	1,27	1,62
2015	1,33	1,28	1,66
2016	1,34	1,28	1,72
2017	1,31*	1,25	1,70

* Estimación.

La edad media a la maternidad tiende a ser más alta entre las españolas que entre las mujeres extranjeras en todos los órdenes de nacimiento, pero los datos ofrecen una pauta a destacar: las extranjeras tienen un proceso reproductivo más prolongado que las españolas. En todos los años, desde 2002, tienen su primer hijo a edades más tempranas que las españolas. Pero también cuentan con edades más altas en el cuarto hijo o más; es en el único caso que los datos muestran edades más altas que las nacionales. Y en conjunto esas dos

pautas revelan que las extranjeras están involucradas en procesos reproductivos durante más años que las españolas.

Edad media a la maternidad por orden de nacimiento, según nacionalidad de la madre

Total nacional

	Española			Extranjera			Total		
	2018	2010	2002*	2018	2010	2002*	2018	2010	2002*
Todos	32,70	31,85	31,11	29,90	28,69	27,93	32,19	31,20	30,80
Primero	31,59	30,53	29,59	27,96	26,76	26,17	31,00	29,82	29,25
Segundo	33,78	33,27	32,60	30,54	29,75	29,23	33,22	32,59	32,34
Tercero	34,29	34,15	34,25	32,57	32,10	31,63	33,69	33,43	33,87
Cuarto y más	34,47	34,53	35,37	35,05	35,20	35,19	34,53	34,50	35,18

* Primer año con datos disponibles desagregados por nacionalidad.
Datos INE.

Conviene recordar que tampoco en este aspecto España sufre una situación singular. No hay nada castizo ni típico en la tendencia, aunque sí en el calendario en que están ocurriendo los fenómenos, en general algo más tarde y de forma más brusca que otros países europeos. Pero el descenso de la natalidad no puede dissociarse de otros fenómenos vecinos que también han tenido importantes transformaciones

Lo que ha sucedido es que, afortunadamente, los nacidos sobreviven en su inmensa mayoría porque ha descendido todavía de forma más notable la mortalidad infantil. En el siglo xvii en Europa y América la tasa de mortalidad infantil era aterradora: “Casi uno de cada cuatro bebés moría en su primer año de vida. Casi el 50 % no llegaba a cumplir diez” (Giddens Un mundo desbocado 2000, pág. 69). En España la disminución de la mortalidad en la infancia ha sido el factor más importante en la prolongación de la vida media de las generaciones: “Sobre una generación de 1000 nacidos vivos, en 1900, morían antes de cumplir los 15 años de edad casi la mitad: 410 niños; y en 1998, esta cifra era inferior a 7. (...) En 1900 el riesgo de morir en los 15 primeros años de vida era más alto que en los siguientes intervalos de edades y que solo era rebasado en el último intervalo, de los 60 a los 75 años de edad” (Fundación BBVA “Estadísticas Históricas de España”. Vol. 1.º, 2005 págs. 86-87).

Se utilizan tres indicadores en la mortalidad en los primeros años de vida: neonatal referida a las primeras cuatro semanas; posneonatal, al resto del

primer año; e infantil, del total del primer año. Se han producido modificaciones significativas y desde los años sesenta del pasado siglo, la mortalidad neonatal —de las primeras cuatro semanas de vida— es el principal componente de la mortalidad infantil. La expansión de la atención sanitaria ha permitido el acusado descenso sobre todo desde la década de los 70, de la tasa de mortalidad infantil durante el primer año de vida, hoy entre las más bajas del mundo (id FBBVA págs. 88-89):

Fallecidos por 1.000 nacidos vivos el primer año de vida

1930	123,8
1950	69,8
1970	28,1
1976	17,1
1980	12,3
1990	7,6
2000	3,9
2001	3,1
2010	3,1
2015	2,67
2017	2,75

Fuente: Hasta 2001 *FBBVA*. vol 1.º, págs. 131-132; después, datos del INE.

La misma tendencia se evidencia con el examen de la tasa de mortalidad de niños sobrevivientes al primer aniversario entre 1 y 2 años (id págs. 131-132):

Defunciones por 1.000 niños sobrevivientes al primer aniversario, entre 1 y 2 años

1900	110,4
1930	43,2
1950	12,5
1970	1,6
1999	0,4

Este positivo avance del descenso de la mortalidad infantil, que tanto evidencia el progreso social, ha sido sucedido por la aparición de otras enfermedades del progreso como el creciente obesidad infantil, vin-

culado a la erosión de la dieta mediterránea. E igualmente han aflorado comportamientos delictivos sufridos por los menores. En 2016 se registraron 37.495 denuncias por delitos violentos contra menores de edad. De ellas 4.061 fueron por malos tratos en el ámbito familiar y 4.056 por abusos sexuales. Desde que en 2013 se comenzó a contabilizar el número de niños muertos en casos por violencia de género han fallecido 27 menores (El Mundo 8 octubre 2018).

Los nacidos lo hacen hoy de manera casi generalizada en hospitales —lo que ha tenido gran repercusión en el descenso de la mortalidad infantil-, y por tanto con más salud que en el pasado. Pero también en la mortalidad de las mujeres. El descenso de la natalidad ha coincidido con el descenso no menos positivo y agudo de la mortalidad como consecuencia de los partos. En 1900 fallecían nada menos que 548 mujeres por cada 100.000 partos. Y en 1975 habían descendido a 21 fallecimientos por parto (A de Miguel Diez errores sobre la población Española Tecnos 1982 pág. 29). La Tasa de mortalidad por 100.000 mujeres fue de 0,78 en 1975, y descendió a 0,09 en 2008 (Fundación BBVA Mortalidad por causas en España 1975-2008 Documento de trabajo 1/2012).

En el análisis demográfico es preciso destacar la existencia de un fenómeno particularmente preocupante y negativo: simultáneamente se ha incrementado la maternidad adolescente, cuyas consecuencias de todo orden perniciosas para la mujer son conocidas y notorias. Es muy ilustrativo de ello es trabajo de Margarita Delgado en su estudio: *Maternidad adolescente en España*, basado en la Encuesta de Fecundidad, familia y valores 2006, del CIS, con un Tamaño final de la muestra: 9.737 mujeres de 15 o más años. Constató la existencias de consecuencias claramente negativas para esas madres adolescentes, respecto a las madres coetáneas, a lo largo de toda la trayectoria vital. Un embarazo precoz (antes de 20 años) acorta la duración de los estudios, se incorporan más tardíamente al mercado de trabajo, reduce la tasa de actividad laboral en todas las edades, tienen menos empleos estables, y de manera muy acusada evidencian mayor fragilidad de las uniones: Las proporciones de rupturas se duplican en varias de las cohortes de uniones, llegando a multiplicarse por tres entre las emparejadas en 1965-74.

Ya la maternidad adolescente evidencia que se ha roto empíricamente y en gran medida la vinculación cultural previa —al menos a nivel de proclamaciones— entre la reproducción y la sexualidad con el matrimonio, que ha sido una muy consistente tendencia durante los dos últimos siglos, al menos en la ortodoxia proclamada. Los nacidos en el siglo XXI ya no proceden mayoritariamente de uniones matrimoniales pero el desplome ilustra muy bien del vertiginoso cambio de valores y comportamientos sociales. Los hijos no nacen ya en los matrimonios, sino fuera de él:

Porcentaje nacidos de madres no casadas

1975	2,03%
1985	7,97
1995	11,09
2005	26,57
2015	44,5

Si se recuerdan las valoraciones sociales y aun las reacciones dramáticas que hasta la transición política proliferaban respecto a las madres solteras, se comprenderá el enorme cambio en los valores y los comportamientos de la sociedad española. En este caso sí puede decirse que los datos hablan por sí mismos.

Este mismo fenómeno puede comprobarse de manera complementaria si recordamos el hundimiento de los matrimonios católicos, forma casi universal antes de la transición política, entre otras circunstancias por la enorme complejidad para contraerlo en forma civil. Los matrimonios según la religión católica, que habían sido casi todos con anterioridad, fueron descendiendo y en los años 90 y en el año 2000 eran todavía el 75,6%, pero en 2009 ya no llegaron a la mitad: 45,5 %, y ha seguido disminuyendo y en 2012 fueron el 37,4% (C Torres pág. 109). Y en 2017:

- 73% exclusivamente civil.
- 4,5% Católicos.
- 0,6% De otra religión.
- 1,2% No consta.

Una dimensión a destacar es que por la razón que sea la maternidad “ha perdido” democracia; es decir no solo hay menos nacidos sino que se reduce el número de mujeres que tienen hijos. Sea por decisión voluntaria o por circunstancias involuntarias —hay hipótesis consistentes en favor de las dos alternativas— el hecho es que se reduce el número de mujeres que son madres. Y con cierta rapidez. La mejor aproximación al fenómeno es considerar la descendencia final de las mujeres entre 45 y 49 años, cuyo número de nacidos a esas edades es tan reducido que no altera el porcentaje. En 1985, no habían tenido ningún hijo a esas edades el 12,3% de las mujeres. En 2018, había aumentado hasta el 18,5% de las mujeres. Y en ambos casos son datos de la Encuesta de Fecundidad del INE.

Nazcan como nazcan, lo que es un hecho es que los nacidos en España salen cada vez más pronto de sus hogares. Los niños se insertan muy tempranamente en instituciones de cuidado y educativas (lo cual por cierto no

parece tener efectos positivos en su posterior rendimiento escolar, según datos de PISA). Se ha acortado de manera muy acusada la presencia, y por tanto la convivencia, en el hogar de los niños; España es uno de los países europeos donde más temprano y más alto es el porcentaje de niños que acceden a jardines de infancia y preescolar. A edades inferiores a 2 años se encuentran escolarizados el 34,8 % de los niños. De hecho la incorporación es más temprana que en otros países; a los 2, 3, 4 y 5 años en España asisten 16,1 puntos porcentuales más que en la UE-22, y 39,5 puntos más que en OCDE (*Indicadores Comentados sobre el Estado del Sistema Educativo Español*, ed. Fundación Areces 2018 pág. 26-27). En el curso 2017-2018 se encontraba escolarizada el 37,9 % de la población entre 0 y 3 años, porcentaje superior a la media de la OCDE del 33 %. Una diferencia relevante reside en la gratuidad o no de los centros; el 51 % de los escolarizados acuden a centros públicos, si bien algunas Comunidades Autónomas conceden ayudas a ciertas plazas en centros privados condicionadas a la renta u otros aspectos. Y esas ayudas seguramente es lo que diversifica enormemente la frecuencia de escolarización según Comunidades pero siguiendo una pauta ajena a la tasa de empleo de mujeres en el territorio; País Vasco, Madrid, Galicia, Andalucía y Cataluña son, por este orden, las regiones con mayor tasa de escolaridad y las únicas por encima de la citada media de España. Y la más baja Ceuta, y luego Canarias, Murcia, Asturias, Castilla León y Melilla. Entre 3 y 6 años la escolarización es casi universal —el 96,2 % lo están en el curso 2015-2016— porque es gratuita en los centros con financiación pública, y obligatoria desde 2002. (Diario El País 15 octubre 2018). Aspecto diferente —y decisivo— pero imposible de plantear aquí sería determinar si esta tendencia refleja la opción deseada por la población —las madres y los padres— o por el contrario las carencias de políticas de compatibilidad y las dificultades de desenvolvimiento de las familias en el mundo urbano.

El descenso de la natalidad ha sido resultado de un cambio paulatino en las estrategias reproductivas de las parejas. Inicialmente, entre las mujeres nacidas en torno a 1945, el descenso se explica por la caída de la propensión a tener hijos de rango superior: terceros, cuartos, quintos etc. Pero luego con rapidez, para las mujeres nacidas en torno a 1970, el descenso de la natalidad se explica por el descenso en la propensión a tener primeros y segundos hijos (C Torres pág. 91).

Nacidos por orden de nacimiento

Años	Primero	Cuarto y más
1975	37,9%	15,4%
2000	58,4	2,6
2011	52,4	2,5
2015	51,2	2,6

En todo caso, la natalidad se produce hoy a edades más avanzadas que en el pasado. El retraso en la edad en la que las mujeres tienen su primer hijo es acelerado. Desde 1980 se ha retrasado 5 años la edad a la primera maternidad; hoy la edad media 30,6 años-, de las más altas de Europa; y son de las más tardías desde la década de los ochenta (C Torres pág. 86).

Edad media a la maternidad

2007	30,8
2008	30,8
2009	31,0
2010	31,2
2011	31,4
2012	31,6
2013	31,7
2014	31,8
2015	31,9
2016	32,0
2017	32,1

En este escenario no cabe ignorar el impacto de la infertilidad, que probablemente puede haberse incrementado aunque cuente hoy con más instrumentos para rebatirla que en el pasado. Las técnicas de reproducción asistida han ampliado en efecto la capacidad reproductiva de las mujeres, hasta el punto que España —con Francia y Alemania— es de los países europeos con mayor utilización de esas técnicas. Y también por eso es probable que hayan aumentado los partos múltiples que han pasado de ser el 2,5% al 4,4% del total de los partos (C Torres pág. 309). Pero en 2011 los partos múltiples son el 2,1% del total de los partos, en su inmensa mayoría dobles. Y esa tendencia explica, en parte, el creciente número de partos con cesárea que ha pasado en España del 20% en 2000 hasta 26,6% en 2015 (cit Diario El Mundo, 12 octubre 2018). Pero sea por la existencia de una gran bolsa de infertilidad o bien por la voluntad de tener descendencia sin relaciones sexuales —como demandan mujeres sin pareja y sectores feministas— o bien por parejas homosexuales, el hecho es que España es una potencia mundial en técnicas de reproducción humana reguladas por las Leyes de 1998 y la posterior de 2006, de 26 de mayo de técnicas de reproducción asistida. Hay unas 400 clínicas, de ellas 48 en Madrid, frente por ejemplo en Oslo, Noruega, solo 2, y los números de España solo los supera Estados Unidos (A. Jiménez Blanco, “Crónica del Congreso de 2018 de la Asociación de Profesores Alemanes de Derecho del Estado” Revista Administración Pública, n.º 208, 2019 pág. 375). Y la Encuesta de Fecundidad de 2018 revela

que 639.922 mujeres —un 5,4 % del total— de entrevistadas, se han sometido a algún tratamiento de reproducción asistida; lo que indica las evidentes dificultades para gestar de las mujeres hoy

España ha reconocido el pluralismo y eso afecta por completo a la evolución demográfica porque asistimos a un pluralismo polarizado y contradictorio. Asistimos al mismo tiempo a muestras muy vivas de deseo y también de rechazo de la maternidad. Por una parte España es uno de los países europeos con muy alta demanda de adopciones (internacionales porque no hay oferta nacional). Y crece también la inseminación artificial, gestación demandada tanto por parejas de todo tipo, como por lesbianas y personas solas y de manera muy rápida como se constata con las apreciaciones de finales de los años ochenta del pasado siglo: “En 1988, España reguló legalmente las técnicas de inseminación artificial. Hasta entonces se hacía como tratamiento contra la infertilidad, pero, desde aquel año, a las mujeres solas se les abrió la posibilidad de una maternidad por inseminación. A pesar de su coste —un mínimo de 800.000 pesetas-, más de 200 mujeres solas, sin pareja, han utilizado este método en los últimos cinco años en las tres clínicas más prestigiosas del país —hay 13 bancos de semen y 14 centros, públicos o privados— y la tendencia es que aumenta esta opción de maternidad” (Diario el País, 13 febrero 2000).

En España todo ha cambiado radicalmente en la natalidad en pocas décadas y de manera acelerada desde 1975. ¿Qué queda de la natalidad tradicional hoy? El cúmulo de cambios sufridos en la natalidad muestra que en sus aspectos externos al menos, nada es igual al inmediato pasado. Pero la complejidad del fenómeno aconseja suavizar toda afirmación radical, sin ampliar previamente los análisis.